



PARLAMENTO DE ANDALUCÍA

INTERVENCIÓN EN LA FIESTA DE LA VENDIMIA MONTILLA-MORILES TRAS LA PISADA DE LA UVA Y LA OFRENDA DEL PRIMER MOSTO

Presidenta del Parlamento de Andalucía
Montilla (Córdoba), 7 de septiembre de 2008

Queridos amigos y amigas de Montilla,

He visto con infinita emoción pisar las uvas. Vi cómo estallaban liberando el caldo atesorado, y he pensado de nuevo en un ser que estaba naciendo.

He presenciado la ofrenda del primer mosto, y tenido ante mí las caras de orgullo de quienes han luchado para que vea la luz, esta delicia terrenal que luego se esparce por todo el mundo.

Y viendo todo eso, -teniéndolo tan reciente-, os confieso que es imposible no sentirse en fiesta, no ver como la alegría se abre paso entre todo lo que pueda presentarle batalla.

Os convoco a ponerlos en plena disposición de disfrutar. Esta capataz de honor os invita de nuevo a ser dichosos, porque la mejor recompensa después del trabajo, es vivir momentos chispeantes de felicidad. El vino es el vehículo perfecto para ello, y el Montilla-Moriles, la certeza de que siempre podremos vencer a la tristeza.

Sumergida en este enorme júbilo de la vendimia, ¡cómo comprendo a Federico García Lorca!, cuando decía que deseaba convertirse en vino para poder beberse a sí mismo, pues es tal la explosión interior que nos persigue, que vino y cuerpo se funden en una sola cosa, y esa cosa tiene un nombre que se llama alegría.

Y esta “alegría”, que viene a mis labios repetidamente, sin modo de evitarla, es la que hoy anda a sus anchas en Montilla y en los diecisiete municipios que conforman el Marco de Montilla-Moriles.

Dejémosla, pues, que camine orgullosa por las calles, que se adueñe de nuestras plazas y, sobre todo, que se deslice con libertad hasta nuestras casas, penetrando en cada uno de nosotros.

Pero mala opción sería expulsarla una vez haya concluido la Fiesta, ¡que no se quede en fugaz espejismo!, en algo parecido a una farsa, a una burla acotada en el tiempo.

Estamos impelidos a aprender que la fiesta forme parte de nuestra vida, de nuestros quehaceres diarios y, sobre todo, que nadie destierre la alegría en aras de la “santa eficacia”, del “respetado rigor”, que nadie la enfrente a lo “bien hecho”.

Cuando escuchéis frases de este tipo, -con tan poca gracia, con tanta ignorancia-, decidle al temerario que las profiere, que venga a Andalucía, que se detenga en Córdoba, que disfrute de Montilla y su entorno.

Aquí recibirá, -y de forma gratuita-, un “master” que podría titularse, “de cómo el buen beber y el arte de la

fiesta, no están reñidos con la laboriosidad y la sabiduría: tratado de saber vivir”.

¿Los profesores? Góngora, el licenciado y brillante poeta cordobés, Cervantes, Lorca y tantos otros que alternaron magistralmente “el árbol de la vida y el árbol de la ciencia”, que Baroja nos mostró en una de las novelas principales, de este vasco universal.

Porque muchas cosas y muy variadas hemos escuchado del vino a lo largo de la historia. ¿Con quien estamos y con quien no estamos?

¿Con Napoleón, que dijo del vino con su castrense voz de emperador, “en la victoria lo merecemos, en la derrota lo necesitamos”?

Por supuesto que no. Por estas tierras le enseñamos algunas lecciones al general corso, para el que la guerra era como un hábito más. Pero parece que no captó muy bien cómo apreciar las virtudes del vino y, sobre todo, como desvincularlo del fracaso.

Estamos muchos más cerca del poeta inglés Chesterton que advertía “bebed porque sois felices, pero nunca porque seáis desgraciados”. Claro que no. Algo tan glorioso y milenario como el vino no puede convertirse en el “miserable refugio de la pena, donde ésta se regodea y se hace cada vez más grande y perversa”.

¿Y estamos de acuerdo con Thomas Fuller, cuando aseguraba que “el vino es un traidor, ayer fue amigo y mañana el enemigo”?

Tampoco lo estamos del todo. El “saber beber” lleva consigo el previo “conócete a ti mismo”, saber nuestra medida, para no traspasar ciertas barreras.

Nos gusta mucho más separar las cosas, al modo de cómo lo entendía un americano sabio, que vivió en unos Estados Unidos muy distintos a los que conocemos ahora.

Benjamín Franklin razonaba: “toma consejo del vino, pero decide con agua”. Es algo así como el dicho tan

popular entre nosotros de “cada cosa a su tiempo”. Dad al vino lo que es del vino y al agua lo que es del agua. No mezclemos las cosas y sepamos dividirnos y vivirlo todo porque todo es necesario.

Qué mejor consejero que el vino de Montilla-Moriles. ¿Podemos confiar en quien no ha reflexionado con la serenidad armoniosa de una copa de vino en la mano? ¿Quien no ha pensado, al compartir una copa con un oponente... que los problemas con él pueden ser solucionados... que hay un camino para el entendimiento...? Esa es la magia del vino, que quien no la conoce no puede ni imaginar que exista.

Porque queridos amigos y amigas de Montilla, ¿qué hubiera sido del mundo si no se hubiera creado el vino?

Imaginen a una Grecia sin el hijo de Zeus, Dionisos, dios del vino, y sin su poderoso influjo en el valor del ocio, como lo entendía tan sabio pueblo. Y recuerden que el ocio es el indispensable caldo de cultivo de la filosofía

griega, que es la base, -y no es cualquier cosa- de la civilización occidental.

Que hubiera sido Roma sin lo vinos, sobre todo sin los traídos de nuestras tierras. ¿Podríamos entender un cristianismo sin el símil del vino que es la sangre del mismísimo Cristo?

Pero no seamos tan grandilocuentes, ¿sin el vino se hubiera usted declarado a su esposa?, ¿hubiera sido inolvidable aquella reunión familiar? ¿se hubiera sellado aquel acuerdo de paz? ¿hubiera podido decirle “aquellas verdades” a su jefe y, sobre todo, se lo hubiera tomado “tan bien” su jefe si él no hubiera estado “también” y “tan bien” con una copa en la mano?

No. Nuestra vida sería otra, nuestro mundo sería otro y si esto yo ya lo presentía con anterioridad, cuando he vivido la Fiesta de la Vendimia de Montilla-Moriles, para mí es ya una certeza.

Es una verdad de estas que nos llegan con la claridad de lo simple, de lo no cuestionable, porque proceden, quizás, de nuestra propia herencia, de nuestros ancestros, del poso de sapiencia que todos tenemos en lo más recóndito de nuestra inteligencia.

Sabemos que sembramos las viñas, la tierra caliza y el trabajo del hombre hacen posible que las cepas crezcan, que las uvas inventen racimos que parecen familias enteras, reunidas el día de la fiesta.

Llega la vendimia, la pisa, el caldo y la dulce estancia en barrica para que el vino emerja y sea bebido por cada boca, justo antes y después de una sonrisa.

Y, entonces, ocurre el milagro. Todo empezó con la simiente, y al final, como dice Dante “el vino siembra poesía en los corazones”. Esa semilla que es el vino, tras crecer en el corazón humano, se convierte en amor, en arte, en cariño, en amistad y en todo lo que es la mejor de las caras del hombre.

Por eso, no permitamos el mal uso de nuestro vino. Porque el objeto más hermoso puede convertirse en el arma más dañina, también al vino puede pasarle.

El vino, antes de la siembra en el corazón que Dante nos enseña, “se sube a la cabeza”, es cierto, pero se sube por algo.

¿Para provocarnos mareos, pérdidas de memoria, ataques injustificados de cariño, u otros efectos perniciosos? En absoluto.

Hace una corta estancia en nuestro cerebro para recordarnos que hay que tomarlo “con cabeza”. No va directamente al corazón y a nuestros sentidos sino que realiza una estación –a veces es cierto que “de penitencia”- por los vericuetos de la razón y nos avisa de lo que podría significar su presencia continuada en nuestro cuerpo.

Por eso no es traidor, no es enemigo, sino todo lo contrario. Cada una de sus advertencias nos recuerda que la moderación siempre debe ser la compañera. Y, como el

dolor nos advierte de lo que en nuestro cuerpo debe ser curado, el vino se ocupa de que tengamos presente que su exceso puede ser tan negativo como –¡ojo a la gravedad del asunto!- no haberlo probado en la vida.

Por eso bebamos todos, en compañía, el vino de Montilla-Moriles, permitamos que el espíritu de Séneca regrese, como cada año, y se lleve a Roma, con permiso de D. Pedro Ximénez, la cantidad que desee, que para eso es paisano. Sintámonos unidos y, sobre todo, ofrezcamos al mundo el resultado de nuestro esfuerzo, para que la universalidad de Andalucía se compruebe y se constate por cada uno que saboree una copa de vino de Montilla-Moriles.

Y, tras beber este “privilegio hecho líquido”, termino repitiendo el juramento que tuve el honor de pronunciar esta mañana en la Casa del Inca Gracilazo:

Prometo,

por mi amor a la alegría,
por mi respeto a la vida,
por la luz de Andalucía,

defender donde me halle,
recomendar a porfía,
vinos Montilla-Moriles
para goce en compañía.

Velar por su buena esencia
Beberlo sin demasía
Venir a Córdoba siempre
Que se acerque la vendimia
Y disfrutar en Montilla
De esta sutil ambrosía.

¡Prometo y alzo mi copa!

Por la amistad y la dicha
Por sentirme en cualquier parte
Como en la Casa del Inca

Bebiendo un vino que es arte
si cordobesa es la viña.

Gracias montillanos y montillanos. Os deseo una gran Vendimia, una fiesta llena de alegría y moderación. Quedo a vuestra disposición para siempre.